

**EL P. CHAMINADE, SACERDOTE:
LAS REGLAS DE SAN CARLOS DE MUSSIDAN (2)**

En el artículo anterior hemos presentado la descripción de la Congregación y los dos primeros medios: la conversión perfecta a Dios, y la voluntad sincera de no rehusar nada a Dios¹. Presentamos otro de los medios.

3) Total pureza de corazón

El tercer medio es la total pureza de corazón o de conciencia. Se concreta en no ahorrar nada para corregirse de los pecados veniales deliberados y habituales, para expiar en primer lugar los pecados veniales de sorpresa, para vencer la pasión dominante, para practicar la más exacta pobreza, para practicar la más estricta castidad, para practicar la más estricta obediencia, para practicar la más perfecta indiferencia, para evitar la mínima inutilidad, para amar las humillaciones y sufrimientos, para imaginar a Jesús en la persona del prójimo².

El trabajo de purificación propuesto por Ignacio tiene lugar sobre todo en la primera semana de los Ejercicios, para pasar en la segunda a la identificación con Cristo. La pureza del corazón tiene que ver con el tema ignaciano de la voluntad de Dios, que comporta dos temas. El primero es el de la aceptación plena de *la voluntad de Dios* ya manifestada y abandono filial a la divina Providencia y Bondad infinita de Dios. El segundo es el de la aceptación activa, con abnegación vigilante, oración y discernimiento, como medios para buscar y hallar la voluntad de Dios aún no conocida. La aceptación activa comprende también dos dimensiones. La primera es la abnegación o “vencimiento de sí mismo”, tema de los Ejercicios (EE 23). En los primeros tiempos se formulaba como “mortificación”. En la escuela francesa se la denomina más bien

¹ L. Amigo, “El P. Chaminade, sacerdote: las Reglas de San Carlos de Mussidan”, *Mundo Marianista* 9 (2011) 87-102, cf. [El P. Chaminade, sacerdote: las Reglas de San Carlos de Mussidan](#).

Los documentos de la Compañía de Jesús se pueden consultar en internet: *Ejercicios Espirituales*, cf. [EJERCICIOS ESPIRITUALES TEXTO AUTOGRAFO JHS](#); Santiago Arzubialde, *Ejercicios Espirituales. Historia y análisis*, Bilbao-Santander 1991; 2ª ed. 2009; *Examen General, Constituciones*, cf. [Constituciones de la Compañía de Jesús](#); S. Arzubialde, J. Corella, J.M. García Lomas (eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*, Mensajero-Sal Terrae 1993. Para la espiritualidad jesuita, cf. Pascual Cebollada, ed. *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, 2 vol., Mensajero-Sal Terrae, 2 ed. 2007. Para el *Summarium* he usado el texto “Summarim earum constitutionum” presente en, *Corpus Institutorum Societatis Iesu in duo volumina distinctum*, Antverpiae apud Iohannem Meursium, 1702, I, ps. 496-505.

Uso las siguientes abreviaturas:

Constituciones: G. J. Chaminade, *Constituciones primitivas de la Compañía de María. Año 1839*, ed. SM, Madrid 1963.

CONS: *Constituciones de la Compañía de Jesús*

EE: Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*

EP: G. J. Chaminade, *Écrits et Paroles*, Piemme, Casale Monferrato 1994-96, vol. I-V; ARSGL Vercelli 2009, para los vol. VI-VII.

EXA: *Examen General*

Reglas: “Resumen de las Reglas de la Congregación de Sacerdotes y Eclesiásticos bajo la advocación de San Carlos, en C. Delas, *Historia de las Constituciones de la Compañía de María*, Madrid 1965, ps.13-30.

² *Reglas*, p. 15.

“pureza del corazón”, de la conciencia, del espíritu y de la acción. El segundo es el de la indiferencia y disponibilidad, que nacen de la anterior actitud, las trata ya Nadal como vencimiento contra la concupiscencia desordenada, no como la actitud negativa de espera, apatía sino como el dominio que conlleva a no hacer diferencia en aquello en lo que Dios no nos ha manifestado aún que Él hace diferencia, cuando se trata de elegir³.

Según Lallemand, “la pureza de corazón consiste en no tener nada en el corazón que sea lo más mínimo opuesto a Dios y a la operación de la gracia”⁴. El primer medio para llegar a perfección es la pureza de corazón. Tenemos que poner todo nuestro cuidado en purificar nuestro corazón porque es ahí donde está la raíz de nuestros males. La pureza de corazón es la gracia propia del sacramento de la confesión⁵.

La pureza de corazón es necesaria a causa de la corrupción natural del corazón humano. Hay una malicia infinita que no vemos porque no entramos seriamente en nuestro interior. Allí encontraríamos una infinidad de deseos, y de apetitos desordenados de honor, de placer, de comodidades que están hirviendo en nuestro corazón. Purificando nuestra alma el fondo se descubre poco a poco y Dios manifiesta en él su presencia mediante efectos poderosos y maravillosos, que opera en el alma y por ella para el bien de los demás. Cuando el corazón está bien purificado, Dios llena el alma y todas sus potencias, la memoria, el entendimiento, la voluntad con su santa presencia y su amor. Así la pureza de corazón conduce a la unión divina y no se llega a ella ordinariamente por otras vías.

La vía más corta y la más segura para llegar a la perfección es dedicarnos a la pureza del corazón, más que al ejercicio de las virtudes porque Dios está dispuesto a darnos todo tipo de gracias con tal que no pongamos ningún obstáculo. Purificando nuestro corazón eliminamos lo que impide la operación de Dios. Incluso los santos suelen poner grandes obstáculos a las gracias de Dios.

Pecado venial

Lallemand recomienda seguir un orden en la purificación del corazón. Lo primero es darse cuenta de los pecados veniales y corregirlos. En segundo lugar observar los movimientos desordenados del corazón y poner remedio. Tercero: vigilar sobre sus pensamientos y ordenarlos. Cuarto: reconocer las inspiraciones de Dios, sus designios, sus voluntades, y animarse a realizarlas.

El pecado venial tiene como efecto el impedirnos la unión con Dios y nos alejan para siempre de Él en esta vida. Se opone a nuestro progreso espiritual. Lo que pasa a los del mundo con el pecado mortal les pasa a los religiosos con el pecado venial. Nos endurecemos en el hábito de cantidad de pecados veniales. La vanidad, la sensualidad, el apego a nuestras pequeñas comodidades ahogan en nosotros las luces de la gracia que hacen ver el mal que hay en estas clases de faltas. Nos imaginamos buenas intenciones y después de eso pasamos por encima de todos los movimientos de la gracia.

³ “Teología espiritual”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, II, p. 1689.

⁴ *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemand, de la Compagnie de Jésus*. à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemand de la ...](#) p. 135. « Dios, habiéndose dado de esta manera (por la encarnación) a los hombres, no puede rehusarles nada. Debemos sólo disponernos mediante la pureza de corazón, como hizo la Santísima Virgen”, p. 347.

⁵ *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemand, de la Compagnie de Jésus*. à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemand de la ...](#) p. 67.

La ruina de las almas viene de la multiplicación de los pecados veniales que causa una disminución de las luces y de las inspiraciones divinas, de las gracias y de las consolaciones interiores, del fervor y del ánimo para resistir a los ataques del enemigo. De ahí se sigue la obcecación, la debilidad, las caídas frecuentes, la costumbre, la insensibilidad, porque una vez que el afecto es ganado, se peca sin sentimiento de su pecado.

San Ignacio sitúa la lucha contra el pecado venial en el contexto de la indiferencia y de la segunda manera de humildad⁶. Esta vinculación entre indiferencia y pecado venial viene a significar una profundización en la problemática que se encierra en este tipo de pecado. Más allá de una consideración legalista, Ignacio nos hace comprender que lo que realmente se encuentra en peligro es la libertad. La opción por un pecado venial es la opción por un deseo que va condicionando negativamente la libertad⁷.

Confianza en Dios

Las reglas concretas concernientes a la pureza de corazón empiezan hablando de la confianza en Dios. El objeto de la confianza en Dios es de tipo sobrenatural. Se espera de Dios una total pureza de corazón, una total fidelidad a la gracia, el grado de amor y de perfección al cual Dios quiere que ese llegue. Se esperan esas cosas no sólo para sí sino también para aquellos por cuya salvación se trabaja o se reza. El fundamento de esta esperanza es únicamente la bondad de Dios que es infinita, los méritos de Cristo que son infinitos, la promesas del divino Salvador, que no tienen límites, el santo Sacrificio de la misa, cuyo precio es infinito, la protección de la Santísima Virgen y de los santos, cuyas oraciones son tan poderosas ante Dios⁸.

“De este modo, el jesuita, desde el inicio de su vida en la Compañía de Jesús se ejercita en tener la intención recta, no poniendo su esperanza en las cosas de “abajo”, sino sólo en Dios a quien pretende servir por sí mismo y no por la esperanza de los premios que podría obtener. Esta actitud “recta” Ignacio la cultivó desde los primeros momentos de su conversión. Ejercitándose en esto, el jesuita tendrá presente durante su vida los bienes eternos que nos mereció Cristo con su vida y muerte mediante la fe, la esperanza y la caridad, y deberá tenerlo presente de modo especial en el momento de la muerte”⁹.

Ignacio revela en sus cartas su confianza sin límites en la acción de Dios, afirmando al mismo tiempo con equilibrio, la necesidad de usar todos los medios humanos posibles. Muestra una gran confianza en la gracia divina que actúa en cada persona para que lleve adelante lo que Dios desea. Ignacio se sentía tan seguro de la

⁶ “2ª humildad. La 2ª es más perfecta humildad que la primera, es a saber, si yo me hallo en tal punto que no quiero ni me afecto más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor, a desear vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y, con esto, que por todo lo criado ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un peccado venial”, EE 166.

⁷ Cf. “Maneras de humildad”, *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, I, p. 1190

⁸ *Reglas*, ps. 22-23.

⁹ Rossano Zas Friz, “Esperanza”, *Diccionario de espiritualidad ignaciana de espiritualidad ignaciana*, I, p. 801; cf. también S. Arzubialde, “Confianza” en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, I, p. 945.

ayuda divina que le gustaba llamar a esta gracia “gracia acostumbrada”, un sentimiento de esperanza y confianza de que nunca le fallará la gracia divina¹⁰.

El temor de Dios

Siguen las reglas sobre el temor de Dios que ayudan a purificar nuestras motivaciones. Hay que temer ofender a Dios por amor a Él, pero también porque el pecado nos hace perder el paraíso y merecer el infierno y reduce el alma a un estado horrible. Esos motivos de temor interior son necesarios para evitar el pecado. Por ello se invita a meditar alguno de los novísimos cada día hasta que uno se sienta llevado por el Espíritu a meditar otros temas. Hay que preferir, sin embargo, evitar el mal por motivo del puro amor, de la mayor gloria de Dios¹¹.

¹⁰ “Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro; es menester en Él solo poner la speranza de que Él haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas. Y conforme a esta speranza el primero medio y más proporcionado será de las oraciones y Sacrificios que deben hacerse a esta sancta intención, ordenándose para ello cada semana, mes y año en todas partes donde reside la Compañía”, CONS 812. Cf. Alfredo Sampaio, S.J., “*Los tiempos de elección en los Directorios de Ejercicios*”, Mensajero-Sal Terrae 2004, ps. 262 s.

¹¹ *Reglas*, p. 23. Todos estos temas se inspiran en San Ignacio. Sobre todo en la meditación del pecado y del infierno: “pedir interno sentimiento de la pena que padescen los dañados, para que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a los menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado” EE 65.

“18ª Dado que sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor, debemos mucho alabar el temor de la su divina majestad; porque no solamente el temor filial es cosa pía y santísima, más aun el temor servil, donde otra cosa mejor o más útil el hombre no alcance, ayuda mucho para salir del peccado mortal; y salido fácilmente viene al temor filial, que es todo acepto y grato a Dios nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino”, EE 166.

El 12 de marzo de 1699 la epístola *Cum a alias* del papa Inocencio XII condenaba varias tesis extraídas de la obra de Fénelon: la santa indiferencia, el desinterés respecto al temor a un castigo y la esperanza de una recompensa, el desinterés frente a nuestra propia salvación en tanto en cuanto es nuestra propia salvación, el abandono de nuestro propio interés dentro de la vida contemplativa.

“Todos se esfuerzen de tener la intención recta no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares, sienpre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por Sí mesma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni speranza de premios, aunque desto deben también ayudarse; y sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando quanto es posible de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador dellas, a Él en todas amando y a todas en él conforme a la su santísima y divina voluntad”, CONS 288; *Summarium*, 17.

Un soneto anónimo, quizás por miedo a la inquisición, verdadera joya de la literatura castellana, ha expresado a su manera una voluntad amorosa o un amor querido, cuyos aspectos estoico, cristiano, místico y quietista se han amalgamado milagrosamente. Me refiero al:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

La pasión dominante

Pero la búsqueda de la pureza de corazón lleva también a luchar contra la pasión dominante. Las reglas que se dan para ello piden que se advierta y se tome nota con gran cuidado de los menores movimientos que excita la pasión dominante. Hay que acusarse incluso de todos los movimientos involuntarios¹².

El tema de la pasión dominante supone una unificación afectiva en la conducta del hombre, a pesar de la diversidad de pasiones¹³. Según Lallemand, la concupiscencia y las pasiones apagan insensiblemente las luces infusas y sobrenaturales del entendimiento, de manera que al final las ahogan completamente¹⁴. En las materias que se refieren a la perfección, todos los desórdenes comienzan por una pasión y por una afección desordenada por alguna cosa. La pasión corrompe de tal manera el entendimiento y éste se deja al final ganar de tal manera que ya juzga sólo a favor de la pasión de la que está dominado. Así el entendimiento condesciende a las inclinaciones desordenadas de la voluntad, las aprueba, encuentra razones para justificarlas y corrompido por la voluntad, ayuda a su vez a corromperlo, proponiéndole falsas máximas para autorizar su desorden.

La pobreza

Es en el contexto de la pureza de corazón donde las Reglas de San Carlos sitúan la pobreza, la castidad y la obediencia. Las expresiones son típicamente ignacianas:

“1º Amar la pobreza como una madre; considerarla como la guardiana de todas las virtudes; 2º Amar y experimentar algunos efectos según la medida de una santa discreción¹⁵; 3º Contentarse con la comida común, muebles, hábitos de la Congregación¹⁶; 4º Contentarse con lo peor en todas las cosas y elegirlo incluso

Dicho soneto estaría equidistante entre los dos extremos del quietismo nihilista y del excesivo voluntarismo ignaciano (María Zambrano).

¹² *Reglas*, p. 24

¹³ Chaminade conoce el tratamiento clásico de las pasiones del apetito irascible y concupiscible, *Retraite 1813*, notas de Lalanne, EP I, 82, 13a-23ª, G. J. Chaminade, *Notas de Retiro*, ed. SM, Madrid, 1967 I, 97-98, en el contexto del reglamento de vida. Sobre la pasión dominante habló en el retiro de 1809, notas también de Lalanne, EP I, 71,4-5, *Notas de Retiro* I, 7. “Nuestra pasión dominante es el sentimiento que nos guía en la mayoría de nuestras acciones; es a la vez la causa de nuestras acciones, el excitante de nuestras acciones y la regla de nuestras acciones”. Para identificarla se proponen tres preguntas: ¿Por qué hacemos esto? ¿Qué es lo que nos anima en esto? ¿Qué regla seguimos? Chaminade, sin embargo, sabe muy que la pasión que mueve toda vida afectiva es el amor, como afirmaba san Agustín y Santo Tomás, I-IIª, q 23 a 4; q 25 a 2. Los autores espirituales, incluido el P. Chaminade, tienden a hablar de las pasiones en sentido de vicios y las identifica con los pecados capitales. Es en ese contexto en el que suele situarse el combate espiritual, *Notas de Retiro* I, 11-17.

¹⁴ *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemand, de la Compagnie de Jésus*. à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemand de la ...](#) p. 148 ss.

¹⁵ “Amen todos la pobreza como madre, y según la medida de la santa discreción a sus tiempos sientan algunos efectos della”, CONS 287; *Summarius* 23-24. “La pobreza, como firme muro de la religión, se ame y conserve en su puridad, quanto con la divina gratia possible fuere”, CONS 553. “Porque la pobreza es como valuarte de las Religiones, que las conserva en su ser y disciplina y las defiende de muchos enemigos...”, CONS 816.

¹⁶ “En lo que para el comer, dormir y uso de las demás cosas necessarias o convenientes a la vida toca, aunque será común y no diferente de lo que al médico de la tierra donde se vive parecerá, en manera que lo que de aquí quitare cada uno, sea por devoción y no por obligación”, CONS 580.

Quanto a los mantenimientos, vestidos [C], aposentos y otras necesidades corporales, procúrese con la divina ayuda que, aunque tenga en qué probarse la virtud y abnegación de sí mismos, no falte con

con preferencia cuando se tiene libertad para ello; 5º No dar ni recibir nada sin permiso, no poseer nada propio¹⁷; 6º Renunciar interiormente a todos los bienes temporales, de manera que si se tiene alguno, se usará sólo para buenas obras y con permiso; 7º Renunciar a todos los beneficios, bienes, cargos o dignidades eclesiásticas¹⁸; 8º No hacerse inoportuno, si, por necesidad o por devoción y permiso, uno tuviera que pedir limosna¹⁹, 9º Desear, para ser más conformes a Jesucristo pobre, poder hacer el voto de pobreza²⁰.

La experiencia personal les hizo ver bastante pronto a los primeros jesuitas que la “pobreza real”, en un sentido demasiado severo, dificultaba sus intenciones de salvar a las ánimas. Más tarde se dieron cuenta que era impracticable en la institución que estaban fundando. La descripción de los discípulos de Jesús (Hech 4, 32) teniendo sus bienes en común les dio un marco de “pobreza evangélica” más apropiado a su situación. El acento se ponía no tanto en el estar falto de todo, cuanto en no tener nada propio. Para la concreción pastoral del voto de pobreza se inspiraron en las recomendaciones de Jesús a los doce (Mt 10,8-10), al enviarlos a predicar: 1) Los doce no debían tener dinero propio; 2) debían vivir de limosna; 3) no debían aceptar recompensa por su predicación. Consideraron el tercer elemento como algo distintivo de ellos y de su modo de proceder. Citaban el versículo de Mateo: “dad gratis lo que recibisteis gratis”. La negativa a aceptar recompensa añadió una nueva dimensión apostólica a su ministerio, al tiempo que otorgaba un carácter pastoral a la tradición ascética de la pobreza.

El carácter pastoral de la pobreza determinaba que el uso por los jesuitas de los bienes materiales en sus vidas y en sus casas debía ser modesto y moderado, porque su compromiso pastoral les obligaba a tener cuidado de su salud y a hacer uso de los bienes materiales a causa de sus ministerios. El sistema educativo de la Compañía era gratuito. La pobreza de la Compañía era un concepto que fue evolucionando con las propias necesidades de la religión, aunque se consideraba, por sus primeros maestros, como sustancial. El jesuita debía ser pobre en su comida, en su vestido, en sus comodidades de su aposento o en sus actividades intelectuales.

que se sustente y conserve la natura para su servicio y alabanza, teniendo la consideración de las personas que conviene en el Señor nuestro”, CONS 296. Cf. *Summarium* 25.

¹⁷ *Summarium* 26.

¹⁸ “Sean asimismo avisados, si son eclesiásticos, que no pueden tener, como sean incorporados en la Compañía por Professos o Coadjutores, beneficios algunos”, EXA 1:59. “Sin su licencia y aprobación ninguno pueda admittir dignidad ninguna fuera de la Compañía; ni él dará licencia ni aprobará, si la obediencia de la Sede Apostólica no le compele”, CONS 756.

¹⁹ “En Colegios donde se pueden mantener sin los Preceptores doce Escolares de la propria renta, no se pidan ni accepten limosnas ni presentes algunos, por más edificación del pueblo [G]. Quando no fuesen rentados en aquella cantidad, podríanse acceptar algunas limosnas aunque no pedir, si tan pobre no fuese que el pedir, a algunos a lo menos, aun fuesse necessario. Porque en tal caso, mirando siempre el mayor servicio divino y bien universal, podrá hacerse, y también el pedir ostiatim ad tempus en todas necesidades que lo requiriesen”, CONS 331.

“Todas personas que están a obediencia de la Compañía, se acuerden que deben dar gratis lo que gratis recibieron, no demandando ni aceptando stipendio ni limosna alguna en recompensa de Missas o Confesiones o predicar o leer o visitar, o cualquiera otro officio de los que puede exercitar la Compañía según nuestro Instituto, porque así pueda con más libertad y más edificación de los próximos proceder en el divino servicio”, CONS 565.

³⁶ “3ª Peregrinando por otro mes sin dineros antes a sus tiempos pidiendo por las puertas por amor de Dios nuestro Señor porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir, asimismo porque dexando toda su speranza que podría tener en dineros o en otras cosas criadas la ponga enteramente con verdadera fe y amor intenso en su Criador y Señor”, EXA 1:67.

²⁰ *Reglas*, p. 24. Cf. *Summarium* 23-27.

El voto de pobreza implicaba el no poseer nada propio y el depender del superior en el uso de los bienes. Hay que tener también un desprendimiento interior y exterior de los bienes temporales, regulado por la santa discreción. El ideal es siempre la persona de Jesús pobre, a cuya llamada uno responde²¹.

El P. Chaminade da gran importancia a la pobreza, tanto personal como comunitaria, pero en sus Constituciones ha señalado tan sólo los aspectos más canónicos del voto²².

La castidad

Respecto a la castidad:

“1º Imitar la pureza de los Ángeles²³; 2º No conceder ninguna libertad ni lo más mínimamente desordenada a los sentidos, sobre todo a los ojos, a los oídos y a la lengua²⁴; 3º Practicar la mortificación continua en todas las cosas²⁵; 4º Observar fielmente lo que dice San Bernardo: la conversación con las mujeres sea breve, rara y austera²⁶; 5º No visitar a ninguna persona solo; 6º No recibir nunca visita de mujeres sino en un lugar expuesto a la vista de todos y con permiso²⁷; 7º Observar una gran frugalidad y una exacta templanza en la comida²⁸; 8º Pedir a menudo esta virtud, persuadido de esta verdad: *nadie puede ser casto si Dios no*

²¹ “Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado”, EE 98. “Se haya miramiento a la baxeza, pobreza y spiritual edificación que siempre debemos tener ante los ojos en el Señor nuestro”, CONS 580.

²² *Constituciones*, a. 14-17. Se recomienda “el desasimiento, el desprecio de las riquezas y de todo objeto de la tierra, la renuncia a los honores y dignidades y el procurar la minuciosa economía en el desempeño de todo empleo..”, *Constituciones*, 15.

²³ “Y porque lo que toca al voto de castidad no pide interpretación, constando quán perfectamente deba guardarse procurando imitar en ella la puridad angélica con la limpieza del cuerpo y mente”, CONS 547; *Summarium* 28.

²⁴ “Todos tengan especial cuidado de guardar con mucha diligencia las puertas de sus sentidos (en special los ojos y oídos y la lengua) de todo desorden, y de mantenerse en la paz y verdadera humildad de su ánima, y dar della muestra en el silencio quando conviene guardarle, y quando se ha de hablar en la consideración y edificación de sus palabras y en la modestia del rostro y madurez, en el andar y todos sus movimientos, sin alguna señal de impaciencia o soberbia, en todo procurando y deseando dar ventaja a los otros, estimándolos en su ánima todos como si les fuesen Superiores, y exteriormente teniéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno con llaneza y simplicidad religiosa: en manera que considerando los unos a los otros crezcan en devoción y alaben a Dios nuestro Señor a quien cada uno debe procurar de reconocer en el otro como en su imagen”, CONS 250; *cf. Summarium* 29

²⁵ “Para mejor venir a este tal grado de perfección tan precioso en la vida spiritual, su mayor y más intenso officio debe ser buscar en el Señor nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles; y el nuestro ayudarle en ellas quanto el Señor nuestro nos administrare su gratia para mayor alabanza y gloria suya”, EXA 1:103; *cf. Summarium*, 12.

²⁶ No hemos podido encontrar este texto, tan citado por Don Eladio Saiz, cuando estábamos en Salamanca. Aquí se atribuye a san Bernardo, según otros a san Agustín y san Basilio el Magno, pero es imposible encontrar la referencia.

²⁷ “Y ultra desto, por la honestidad y decencia es bien que mugeres no entren en las Casas ni Colegios, sino solamente en las iglesias”, CONS 266.

²⁸ “En la refección corporal se tenga cuidado que la temperancia y honestidad y decencia interior y exterior se observen en todo”, CONS 251, *cf. Summarium*, 30.

se lo concede (Sab 8,21); 9º Renovar a menudo el voto de castidad; 10º Recurrir a menudo a María y a San José para obtener esta hermosa virtud”²⁹.

Los votos no se hacen por sí mismos. Se caracterizan por su clara finalidad, que no se agota en el perfeccionamiento de la propia persona, sino que se entienden y se viven en el contexto de la misión apostólica. El voto de castidad se dirige finalmente al servicio de los hombres.

Ignacio inserta la castidad en el capítulo sobre la obediencia. Castidad y obediencia tienen una orientación paralela. La realización de cada uno de estos votos implica el otro. El jesuita quiere oír total y exclusivamente la voz de Dios negándose a dar oído a cualesquiera otras voces, fuerzas, impulsos y tendencias personales.

Ignacio no habla de “castidad angélica”³⁰. Castidad es una virtud humana que los ángeles no necesitan. Ignacio propone un ideal y por eso uno siempre se está en camino.

“Los ángeles son seres totalmente (puramente) orientados hacia Dios, que por encargo suyo son enviados a los hombres. De manera análoga, la vida del jesuita debe caracterizarse por su atención (contemplación) a Dios y por el servicio de los hombres (acción, misión, apostolado), es decir, por la escucha de Dios y por el anuncio de su Buena Nueva”³¹.

Las Reglas recomiendan lo que es clásico en los medios para conservar la castidad: la guarda de los sentidos, la mortificación, evitar las visitas, evitar sobre todo el contacto con el otro sexo, la moderación en el comer, la oración.

Sobre la obediencia:

“1º Ver a Dios en la persona de los Superiores; 2º Obedecer en todo lo que se nos manda a menos que se vea en ello un mal notable; 3º Obedecer ciegamente en las cosas permitidas, sin darse la libertad de examinar la orden o el mandato del Superior; 4º Obedecer con alegría, prontamente, con afecto cuando lo que se nos manda es contrario a la naturaleza; 5º Si parece sin embargo que el Superior se ha equivocado, exponerle las razones con sencillez y dispuesto antes a obedecer con alegría; 6º Estar muy persuadido que, sin obediencia, no hay ninguna otra virtud; 7º Estar muy persuadido que, sin la obediencia, ningún cuerpo o ninguna sociedad religiosa se puede sostener; 8º Desear, para ser más conforme a Jesucristo obediente, poder hacer un voto solemne de obediencia”³².

Para el voto de obediencia las Reglas se inspiran en San Ignacio³³. La obediencia jesuita se ha de comprender en relación vital con la misión apostólica. Los motivos de la

²⁹ Reglas, ps. 24-25

³⁰ “Y porque lo que toca al voto de castidad no pide interpretación, constando cuán perfectamente deba guardarse procurando imitar en ella la puridad angélica con la limpieza del cuerpo y mente”, CONS 547.

³¹ Thomas Hollweck, *El voto de castidad en la Compañía de Jesús*, Mensajero, Bilbao 2001, p. 64.

³² Reglas, p. 25.

³³ “se dirá de la santa obediencia. La qual todos se dispongan mucho a observar y señalarse en ella no solamente en las cosas de obligación, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del Superior sin expreso mandamiento, teniendo entre los ojos a Dios nuestro Criador y Señor por quien se hace la obediencia, y procurando de proceder con espíritu de amor y no turbados de temor; de modo que todos nos animemos para no perder punto de perfección que con su divina gracia podamos alcanzar en el cumplimiento de todas las Constituciones y modo nuestro de proceder en el Señor nuestro;

obediencia son sobrenaturales. Al obedecer al superior se obedece a Dios y por Dios. Pero ello implica un amor filial a la persona del superior³⁴. La obediencia se extiende no sólo a las cosas de obligación, sino a todas las otras, excepto en aquellas en las cuales se manifiesta pecado³⁵.

No se trata de la arbitrariedad porque Ignacio ha inculcado lo que la tradición jesuita caracteriza como “gobierno espiritual”, una forma de gobierno en la que los superiores son animados a practicar diligentemente la “discreta caridad”, manifestando un interés cuidadoso por la persona singular en sus circunstancias personales. Mediante el cuidado personal se busca el mayor bien de la persona, pero integrado con y en el mayor bien de todo el cuerpo de la Compañía³⁶.

Hay un triple grado de obediencia: de realización, de voluntad, de entendimiento. Hay que entenderla desde el centro de la espiritualidad ignaciana, “la libertad interior espiritual”. En ella han sido formados sus discípulos, llegando a que les parezca bien lo mandado³⁷. Sólo así se comprende la expresión tradicional monástica, “obediencia ciega”. No es abdicación del propio juicio, responsabilidad o iniciativa de parte de la persona; sino al contrario la persona que obedece ha de mantener sus ojos suficientemente abiertos, insiste san Ignacio, para ver si hay, acaso, alguna especie de pecado en lo que el superior ha mandado y también para sopesar las razones que

muy specialmente poniendo todas nuestras fuerzas en la virtud de la obediencia, del Summo Pontífice primero, y después de los Superiores de la Compañía. En manera que en todas cosas a que puede con la caridad estenderse la obediencia, seamos prestos a la voz della como si de Cristo nuestro Señor saliese (pues en su lugar y por su amor y reverencia la hacemos), dexando por acabar qualquier letra o cosa nuestra comenzada, y poniendo toda la intención y fuerzas en el Señor de todos, en que la santa obediencia, quanto a la ejecución y quanto a la voluntad y quanto al entendimiento, sea siempre en todo perfecta, haciendo con mucha presteza y gozo spiritual y perseverancia quanto nos será mandado, persuadiéndonos ser todo justo, y negando con obediencia ciega todo nuestro parecer y juicio contrario en todas cosas que el Superior ordena, donde no se pueda determinar (como es dicho), que haya alguna especie de peccado, haciendo cuenta que cada uno de los que viven en obediencia se debe dexar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto que se dexa llevar adondequiera y tratar como quiera, o como un bastón de hombre viejo, que en dondequiera y en qualquiera cosa, que dél ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve. Porque así el obediente para qualquiera cosa en que le quiera el Superior emplear en ayuda de todo el cuerpo de la Religión, debe alegremente emplearse, teniendo por cierto que se conforma en aquello con la divina Voluntad, más que en otra cosa que él podría hacer siguiendo su propria voluntad y juicio diferente”, CONS 547; cf. *Summarium* 31-36.

³⁴ “Así mesmo sea a todos muy encomendado que usen grande reverencia, specialmente en lo interior, para con los Superiores suyos, considerando en ellos y reverenciando a Iesu Cristo; y muy de corazón los amen como a padres en el mesmo; y así procedan en todo en espíritu de caridad, ninguna cosa les teniendo encubierta exterior ni interior, deseando que estén al cabo de todo, para que puedan mejor en todo enderezarlos en la vía de la salud y perfección”, CONS 551.

³⁵ “Obediencia”, *Diccionario de espiritualidad ignaciana* II, p. 1331 ss.

³⁶ Curiosamente las Reglas de San Carlos no dicen nada de cómo debe mandar el superior, cosa tan importante para Ignacio: “Ayudará también que el mandar sea bien mirado y ordenado; procurando en tal manera mantener la obediencia en los súbditos, que de su parte use el Superior todo amor y modestia y caridad en el Señor nuestro possible, de manera que los subjectos se puedan disponer a tener siempre mayor amor que temor a sus Superiores, aunque algunas veces aprovecha todo; así mesmo remitiéndose a ellos en algunas cosas, quando pareciere probable que se ayudarán con ello, y otras veces yendo en parte y condoliéndose con ellos, quando pareciesse que esto podría seer más conveniente”, CONS 667.

³⁷ “La obediencia se hace quanto a la ejecución, quando la cosa mandada se cumple; quanto a la voluntad, quando el que obedece quiere lo mesmo que el que manda; quanto al entendimiento, quando siente lo mesmo que él, pareciéndole bien lo que se manda. Y es imperfecta la obediencia en la qual, sin la ejecución, no hay esta conformidad de querer y sentir entre el que manda y obedece”, CONS 550; cf. *Summarium*, 35.

podrían llevarlo- hasta la “obligación”, quizás- de representar la cosa, con humildad y sencillamente, al superior para que sea considerada más y tal vez clarificada. Si se trata de “ceguedad”, se trata de aquella que cierra los ojos a todo “amor propio, querer e interés” (EE 189). Se trata de la profunda libertad interior que los Ejercicios inculcan.

Las Constituciones, en su octava parte, consideran que la obediencia era fundamental para la unidad de sus distintos miembros, la organización y la movilidad. Y como tal, organizaba la trayectoria vital de los jesuitas, conduciéndolos de unos destinos a otros, oponiéndose en ocasiones a sus propias promociones intelectuales y personales.

Los tres votos son presentados por el P. Chaminade en sus aspectos más canónicos. El voto de obediencia “obliga a ejecutar pronta y enteramente las órdenes dadas por los superiores en todo aquello que no es evidentemente contrario a la ley de Dios” (a. 12). Dentro de los grados de la virtud de la obediencia entran “el no hacer nada sin el beneplácito de los superiores, el conformar sus pensamientos, sus juicios y sus hábitos con los de ellos, el observar puntualmente la Regla...” (a. 13). Chaminade pone como un grado de obediencia “aquel en que esta virtud tiene por objeto mortificaciones sensibles o incluso la privación de ciertas cosas que nos parecen de absoluta necesidad... En estos casos se manifiesta la obediencia por una alegría equilibrada y constante” (a. 229). Chaminade invita a ver en el superior no un hombre sino al supremo Señor (a. 133), al ministro de la Providencia para con él. “El superior representa en la tierra la paternidad divina” (a. 323). Por eso tiene con él “la máxima franqueza de alma en las entrevistas particulares que exige la dirección; le expone sin reservas todas sus penas y necesidades y responde sinceramente a todas las preguntas que se le hacen”. (a. 134). La imagen del superior como un padre viene de la tradición monástica.

El P. Chaminade escribió sendas circulares sobre cada uno de los tres votos. Es en ellas donde se encuentra su verdadero sentido, que está en la imitación de Jesucristo.

Indiferencia cristiana

La práctica de la indiferencia se traduce en las Reglas sobre la indiferencia cristiana:

“1º Ser indiferente a todo en vista de Dios, excepto para su gloria y la salvación; 2º Ser indiferente en cuanto al país; 3º Muy indiferente en cuanto a la ocupación y empleo; 4º Muy indiferente en cuanto a las personas, de manera que no se desee más la compañía de unas que de otras; 5º La mayor indiferencia en cuanto a la comida³⁸; 6º En cuanto a la habitación; 7º Muy indiferente en cuanto a los muebles y hábitos; 8º En cuanto a los éxitos o los fracasos; 9º En cuanto a la salud o la enfermedad, en cuanto a la vida o a la muerte; 10º En cuanto a la ciencia, a los talentos, a la gloria o a sus contrarios”³⁹.

Ya hemos anticipado que la pureza de corazón implica la célebre indiferencia ignaciana, enunciada ya en el principio y fundamento⁴⁰. Para Ignacio la indiferencia es

³⁸ Cf. *Summarium* 46.

³⁹ *Reglas*, ps. 25-26.

⁴⁰ “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es

el fundamento de la obediencia y de la pertenencia a la Compañía. De hecho pasa a ocupar el lugar de la obediencia para la persona que por propia elección hace de la misión apostólica su propio principio rector. La indiferencia permite encontrar a Dios en todas las cosas y así constituye el lugar de su oración. Tiene un sentido universal y positivo. Se trata de una actitud cristiana y no simplemente estoica. Según el estoicismo hay que someter los impulsos al orden establecido de la razón. El hombre es un espíritu caído en un cuerpo. El cuerpo no debe estorbar al alma.

Aquí se trata de la indiferencia del hombre entero ante lo que no es Dios (lo creado). Yo debo estar plenamente captado por el último fin. Si no nos hacemos indiferentes a lo creado no estaríamos situando bien el último fin. Cuando uno se apasiona por algo queda lo demás relativizado, pero al mismo tiempo queda armonizado y unificado. Es la persona de Jesús y el reino quien dan su rostro al último fin: son las parábolas de la perla y del tesoro escondido.

No se debe insistir sólo en la renuncia. Debe ir motivada y enriquecida por la urgencia de perderlo todo para llegar a Cristo. No se persigue vaciar el corazón de afectos sino que lo que intenta es polarizar los afectos hacia el último fin, que el corazón desborde. Se trata de lo que más nos conduce para el fin. Este más inaugura la dinámica del "magis", del crecimiento, del desarrollo. Es un "más" en la eficacia de conseguir el fin: donde hay mayor alabanza, reverencia y servicio. Consiste en el seguimiento de Cristo en clave de puro amor, expresado en el tercer grado de humildad⁴¹.

También el P. Chaminade en sus *Constituciones* sitúa la indiferencia en el contexto de las virtudes evangélicas:

“Lo que hace hoy, lo que ha de hacer mañana, el lugar en que ha de pasar la vida y lo que ésta ha de durar, en manera alguna le inquieta; indiferente para todo lo demás, sólo una cosa toma a pechos: hacer siempre y en todas partes el beneplácito divino” (a. 244).

Según Lallemand, tenemos en nuestra alma ciertas cosas que echan a perder nuestro interior. Algún efecto desordenado, algún designio, o algún deseo de un lugar, de un empleo, de un cargo. Es necesario buscar una total indiferencia y protestar que no buscamos nada sino poseer a Dios en esta vida en la medida en que lo podemos poseer y que todo lo demás nos es indiferente⁴².

No es posible ser indiferente si antes no tiene uno estima por la vida interior y que se tiene suficiente conocimiento de ella para preferirla a toda otra ocupación. En segundo lugar si no se desprecia todo el brillo de las funciones exteriores, todo el gusto que se encuentra en ello, y todas las ventajas que uno se promete de ello. Sin eso se podrá tener una cierta indiferencia pero con pena y tensión. No será constante, porque después de todo el corazón no puede estar sin amar alguna cosa. Pero si uno ama, sino

menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”, EE 23. Cf. Elías Royón, “Principio y Fundamento”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, II, p. 1490-1497; Pierre Emonet, “Indiferencia”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana* II, p. 1015-1021; Santiago Arzubialde, *Ejercicios Espirituales. Historia y análisis*, Bilbao-Santander 1991; 2ª ed. 2009, 115-121.

⁴¹ EE 167.

⁴² *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemand, de la Compagnie de Jésus*. à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemand de la ...](#) p. 180 ss.

uno estima como es debido la vida interior, uno será eternamente indiferente para los empleos de la vida exterior. Aquella, cuando se ha experimentado, tiene muchos más atractivos y delicias que ésta. No despreciaremos la satisfacción que podemos prometernos de los empleos exteriores sino cuando estemos convencidos que encontraremos una más sólida en el recogimiento de la vida interior. Sin el don de la oración no tendremos nunca una perfecta indiferencia, universal y constante. Hay que ser tan indiferentes que uno busque gustoso las cosas que nos causan más aversión y que uno se las pida a Dios y a los superiores. El que no es capaz de esto todavía está muy lejos de la verdadera indiferencia

Tenemos que vivir en un gran abandono de nosotros mismos a la voluntad de Dios, a las órdenes de su providencia y a las disposiciones de la obediencia, sacrificando todas nuestras pretensiones y todas las esperanzas humanas. Nada hay más vano que ese tipo de esperanzas.

Evitar la mínima inutilidad

La pureza de corazón lleva a evitar la mínima inutilidad. He aquí las Reglas sobre la inutilidad:

“1º Evitar toda inutilidad en los pensamientos; 2º En los deseos; 3º En las palabras; 4º En las acciones; 5º En los recreos; 6º En las visitas; 7º Evitar todo lo superfluo en las comidas; 8º En el sueño, en los cuidados que se está obligado a dar al cuerpo⁴³; 9º Toda inutilidad en los estudios, en las lecturas; 10º Toda inutilidad en las cartas; tener cuidado de hablar un poco de Dios, según las personas a las que se escribe”⁴⁴.

Se trata del buen empleo del tiempo y no de un puro utilitarismo. Es una consecuencia de la adecuación de los medios al fin, como pide el Principio y Fundamento y la indiferencia ignaciana.

El P. Chaminade lógicamente, como hijo de su época, da mucha importancia al buen empleo del tiempo. En realidad todo está de tal manera reglamentada que el religioso apenas dispone de un tiempo propio.

“Ahorradores del tiempo como de un bien precioso cuyas pérdidas todas son irreparables, los religiosos lo reparten entre la oración y el trabajo, no otorgando al descanso más que lo estrictamente necesario” (a. 109).

“Para el religioso no hay, pues en el mundo nada bello ni curioso que merezca verse; ningún placer debe buscar en las criaturas; no hay para él diversiones, ni conversaciones, ni correspondencia frívola, ni viajes de recreo, ni lecturas de pasatiempo, ni otros consuelos, en fin, más que aquellos que Dios tiene a bien dar, por su gracia a los sacrificios de la virtud” (a. 242).

Según Lallemand, hay que mortificar la curiosidad de saber y dar noticias⁴⁵. No hay nada más contrario al espíritu interior ni disipa tanto el corazón. Como un pez

⁴³ Cf. *Summarium* 46.

⁴⁴ *Reglas*, p. 26. Cf. *Summarium* 44-45.

⁴⁵ *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemand, de la Compagnie de Jésus*. à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemand de la ...](#) p. 157 ss.

muere fuera del agua, porque no está en su elemento, así el espíritu de recogimiento se pierde en las conversaciones de noticias porque está fuera de su elemento. Es muy llamativo ver a un religioso divertirse como las personas del mundo que halagan sus sentidos; gustar la lectura de un libro profano, buscar la satisfacción en visitas y noticias, en conversaciones vanas, en familiaridades en las que se pierde tanto tiempo.

Las humillaciones

El tema de la indiferencia ignaciana anunciaba el tercer grado de humildad⁴⁶. Vienen aquí las Reglas sobre las humillaciones y sufrimientos:

“1° Considerarse interiormente como el último y el más despreciable de todos; 2° Estar a gusto cuando exteriormente los otros son preferidos; 3° Estar a gusto cuando se es reprendido por sus faltas y sus vicios y no usar entonces de excusas; 4° Estar a gusto cuando sus faltas y vicios son contados al Superior; 5° Considerar las humillaciones y los sufrimientos como medios excelentes para llegar al amor puro de Dios; 6° Para ser más conforme a Jesucristo humillado, desear pasar por loco, sin haber dado ocasión para ello; 7° Evitar con cuidado toda singularidad; temer y huir de toda preeminencia sobre los demás; 8° Elegir preferentemente los oficios en los que se practica más la caridad y la humildad”⁴⁷.

En la espiritualidad ignaciana, la humildad es la actitud característica fundamental que capacita a la persona para que alcance su fin. Es el objetivo central de quienes hacen los Ejercicios Espirituales, y es una característica deliberadamente cultivada en quienes entran en la Compañía de Jesús.

“Para Ignacio, la esencia de la humildad consiste en centrarse en el otro, disponer el corazón fuera de su propio interés para que, olvidándose de sí, se entregue a Jesús, a su vida y misión. La humildad, pues, está íntimamente unida a la indiferencia hacia todo para el mayor servicio a Dios, con Jesús como modelo, guía y compañero. En la espiritualidad ignaciana, la humildad es una virtud central para quienes quieren seguir a Cristo con gozo y fervor”⁴⁸.

⁴⁶ “3ª humildad. La 3ª es humildad perfectísima, es a saber, quando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobrios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo”, EE 167; cf. *Summarium* 11-13. Sobre la humildad y las humillaciones, *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemant, de la Compagnie de Jésus*, à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemant de la ...](#) p. 76 ss. . Da como ejemplos a San Francisco de Asís y San Francisco de Borja. Chaminade citará a San Vicente Paúl, «Humilité de Saint Vincent de Paul», EP I, 4, 79, después de hablar de la humildad de Cristo.

⁴⁷ *Reglas*, p. 26. “Muy specialmente ayudará hacer con toda devoción possible los officios donde se exercita más la humildad y caridad Y generalmente quanto más uno se ligare con Dios nuestro Señor y más liberal se mostrare con la su divina Magestad [T], tanto le hallará más liberal consigo, y él será más dispuesto para rescibir in dies mayores gracias y dones spirituales”, CONS 282, cf. *Summarium* 19.

⁴⁸ Lisa A. Fullam, “Humildad”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, II, p. 957; cf. Arzubialde, “Maneras de Humildad”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, II, 425 ss.

Las Reglas repiten prácticamente el Examen General⁴⁹.

Chaminade hará referencia a estas reglas en un texto sobre Jesucristo, modelo de humildad⁵⁰. En sus Constituciones, Chaminade recomienda mantenerse en la oscuridad, no ambicionar ser conocido ni inquietarse por el éxito, no acometer nada que sea de relumbrón o que le lleve a uno a la escena del mundo, a menos que Dios se lo ordene⁵¹.

La caridad

Es en este contexto en el que se sitúan también las Reglas sobre la caridad:

“1º Hablar y tratar con nuestro prójimo como con Jesucristo, dando a cada uno el honor conveniente; 2º Advertir caritativamente a su prójimo, cuando se cree que recibirá bien la advertencia; 3º Advertir a los Superiores de las faltas del prójimo cuando se lo considera necesario para la gloria de Dios⁵²; 4º No insistir más de una o dos veces para sostener lo que uno ha dicho; 5º No disputar acaloradamente como si se quisiera tener razón frente a los demás; 6º Entre agregados, evitar con cuidado la diversidad de opiniones⁵³; los más viejos y los

⁴⁹ “Asimesmo es mucho de advertir a los que se examinan, (encareciendo ponderándolo delante de nuestro Criador y Señor), en cuánto grado ayuda y aprovecha en la vida espiritual, aborrecer en todo y no en parte, quanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles quanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen al mundo, aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña, así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo el contrario, es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia, tanto que donde a la su divina Magestad no le fuese offensa alguna, ni al próximo imputado a peccado, desean passar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos, (no dando ellos ocasión alguna dello), por desear parecer y imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesu Cristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió Él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos exemplo que en todas cosas a nosotros posibles mediante su divina gratia, le queramos imitar y seguir como sea la vía que lleva los hombres a la vida. Por tanto sea interrogado si se halla en los tales desseos tanto saludables y fructíferos para la perfección de su ánima”, EXA 1:101.

⁵⁰ Chaminade, “Jésus-Christ, modèle d’humilité”, EP I, 3, 77-78, ps. 29 s. Habla de Jesucristo, modelo de humildad, y utiliza el término tradicional en la espiritualidad francesa, “anonadamiento”, “anéantissement” experimentado por el Verbo al hacerse hombre (cf. Filp 2,5-7) y añade cinco cualidades de ese anonadamiento. Es infinito, es tan grande y profundo como podía ser, es sustancial y no accidental como los nuestros, es total pues la divinidad se anonada cuando se comunica a la humanidad (Col 2,9), es eterno.

Se dan después los fundamentos de la humildad de Jesucristo: la vista continua del anonadamiento del Verbo, el claro conocimiento de lo que es en cuanto hombre, la rectitud infinita de su voluntad que conociendo lo que significa ser criatura (bajeza, abyección, pobreza, trabajos y penas) ha querido serlo. No se ha defendido en su proceso como seductor (Mt 26,63). Un signo de esa humildad es la desconfianza de sí mismo. La fuente en que Chaminade se ha inspirado es Lallemand, *La Vie et la Doctrine Spirituelle du Père L. Lallemand, de la Compagnie de Jésus*. à Lyon chez Pierre Valfray, 1735, p. 431 ss, cf. [La vie et la doctrine spirituelle du père L. Lallemand de la ...](#) Chaminade da después un texto sobre la Humildad de San Vicente Paúl y su pobreza.

⁵¹ Constituciones, a. 246. “Todos los religiosos de María deben ser sencillos en todo, ser verdaderamente humildes y servir a Dios en todas las cosas” (a. 212) “Un corazón humilde no entiende de rodeos” (a. 213). “La sencillez religiosa consiste en no mezclar miras humanas con las miras sobrenaturales” (a. 213). “Un corazón verdaderamente humilde desea siempre los empleos más humildes” (a. 215). El religioso se considera como víctima a ejemplo de Jesús, con espíritu de penitencia y expiación, clavado en la cruz para continuar en seguimiento de tantos santos la oblación y el sacrificio de Jesucristo (a. 250).

⁵² Sobre la corrección fraterna o de parte del superior, cf. EXA 1:63.

⁵³ “En quanto sea posible, idem sapiamus idem dicamus omnes conforme al apóstolo; y dotrinas diferentes no se admittan [O]de palabra en sermones ni lecciones públicas ni por libros, los cuales no se podrán publicar sin aprobación y licencia del Preósito General, el qual cometerá la examinación dellos a los menos a tres de buena doctrina y claro juicio en aquella sciencia. Y aun en el juicio de las cosas

más avanzados se someterán al juicio de los más pequeños, por poco que parezca mejor; 7º Evitar todo lo que podría llevar a la división; 8º Evitar toda maledicencia y relaciones indiferentes; 9º Toda amistad particular; 10º Anticiparse mutuamente mediante buenos oficios”⁵⁴.

La experiencia personal de Ignacio influyó en su concepto de comunidad jesuítica. Él había vivido varios años como peregrino solitario e indigente, como estudiante sin recursos, y después como miembro de un grupo de evangelizadores. Imaginaba a los jesuitas en frecuentes viajes, desperdigados en una diáspora, y cualquier proyecto de comunidad debía incluir el hecho de la dispersión y la amenaza que esta supone para la unidad. La comunidad concreta del jesuita desborda los límites de la casa donde vive; es también la gente con quien trabaja.

Mientras las órdenes monásticas reúnen a las personas en comunidad para servir a Dios mediante la oración, la liturgia, el estudio y el trabajo manual en el monasterio, Ignacio pensó en personas destinadas a responder a las necesidades existentes en cualquier parte del mundo y viviendo en diáspora por imperativo de servicio apostólico. Ignacio pensaba en comunidades itinerantes y creó comunidades estables para formar futuros itinerantes⁵⁵. Los jesuitas enviados a un colegio formaban pequeñas comunidades, cuyo número oscilaba en torno a catorce personas. Pero la experiencia indicó la necesidad de aumentar el número. Eran personas de diferentes nacionalidades y formaban comunidades auténticamente apostólicas. Las personas conservaban su movilidad.

“Para los jesuitas, su compromiso con Dios, con el servicio apostólico, con los miembros de la Compañía y con los demás es lo que forma la base de una comunidad, más que la uniformidad exterior o el vivir bajo el mismo techo”⁵⁶.

Todo ello deja clara la existencia de una inevitable tensión en la vida jesuítica entre el servicio apostólico y comunidad. Dentro de esa inevitable tensión está muy clara la orientación propia de Ignacio: el servicio apostólico es prioritario. Lo que cuenta es la unión de corazones⁵⁷. Por eso lo más importante es la caridad, aunque puede ayudar mucho la uniformidad interior y exterior⁵⁸.

agfibiles la diversidad, quanto es posible, se evite, que suele ser madre de la discordia y enemiga de la unión de las voluntades. La qual unión y conformidad de unos y de otros debe muy diligentemente procurarse y no permitirse lo contrario [P], para que con el vínculo de la fraterna caridad unidos entre sí, mejor puedan y más eficazmente emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los próximos”, CONS 273.

⁵⁴ Reglas, ps. 26-27.

⁵⁵ Javier Osuna, *Amigos en el Señor. Unidos para la dispersión*, Mensajero, Bilbao 1998, ps 255 ss.

⁵⁶ David Lonsdale, *Ojos para ver, oídos para oír. Introducción a la espiritualidad ignaciana*, Sal Terrae, Santander 1992, p. 164.

⁵⁷ “Quanto es más difícil unirse los miembros desta Congregación con su cabeza y entre sí, por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo entre fieles y entre infieles [A], tanto más se deben buscar las ayudas para ello; pues ni conservarse puede, ni regirse, ni por consiguiente conseguir el fin que pretiende la Compañía a mayor gloria divina, sin estar entre sí y con su cabeza unidos los miembros della. Y así se dirá de lo que ayuda para la unión de los ánimos; después de lo que para la unión personal en Congregaciones o Capítulos; y quanto a la unión de los ánimos, algunas cosas ayudarán de parte de los inferiores, otras de parte de los Superiores, otras de entrambas partes”, CONS 655.

⁵⁸ “El vínculo principal de entrambas partes para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza es el amor de Dios nuestro Señor; porque estando el Superior y los inferiores muy unidos con la su divina y summa Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos por el mismo amor que della descenderá y se

Esta uniformidad era típica de la vida monástica y lo será también de san Carlos de Mussidan y de la vida marianista. En la vida marianista, en tiempos del P. Chaminade todos vivían juntos, trabajaban en la misma obra y seguían un mismo reglamento, **la llamada regla de la vida común**⁵⁹.

Las relaciones de los religiosos entre sí es un capítulo muy importante para el P. Chaminade ya que los marianistas tienen una vida de comunidad muy intensa. Los religiosos se consideran hermanos y tratan de tener como los primeros cristianos un corazón y un alma (a. 131). Se evitan las intimidades particulares (a. 137). Se acepta bien la corrección fraterna (a. 138).

© *Mundo Marianista*

estenderá a todos próximos y en special al cuerpo de la Compañía. Así que la caridad y en General toda bondad y virtudes con que se proceda conforme al espíritu, ayudarán para la unión de una parte y otra, y por consiguiente todo menosprecio de las cosas temporales, en las cuales suele desordenarse el amor propio, enemigo principal desta unión y bien universal. Puede también ayudar mucho la uniformidad, así en lo interior de doctrina y juicios y voluntades en quanto sea posible [K], como la exterior en el vestir, cerimonias de Misa y lo demás, quanto lo compadecen las qualidades diferentes de las personas y lugares etc.”, CONS 671. “Lo que ayuda para la unión de los miembros desta Compañía entre sí y con su cabeza, mucho también ayudará para conservar el buen ser della, como es especialmente el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros”, CONS 1821.

⁵⁹ Según Chaminade, la Regla de la vida común (c.4) es el régimen de vida que siguen los religiosos en virtud de su profesión para llegar a la perfección (a. 102). La regla de la vida común abarca todos los actos externos del religioso y todas las cosas materiales que pueden influir en ellos: 1º, la distribución y empleo del tiempo, 2º las relaciones de los religiosos entre sí, 3º sus relaciones en el exterior, 4º, la habitación, 5º el vestido, 6º la alimentación, 7º, los cuidados del cuerpo en la salud y enfermedad, 8º su modo propio de ser y de comportarse consigo mismo (a. 107). La vida de la comunidad en su aspecto externo se basa en la uniformidad y en la observancia. El aspecto interior es la caridad o unión de los corazones.